



Diálogo sostenible con Armand Mattelart

El cambio climático y las nuevas utopías sociales

TEODORO LEÓN GROSS

Armand Mattelart (Bélgica, 1936) es uno de los pensadores europeos de la comunicación más influyentes, con una incidencia extraordinaria en América Latina. Profesor en la Universidad París VIII, es autor de una muy extensa obra, en parte escrita en colaboración con su mujer, Michèle. De su trabajo más reciente destacan obras de gran solidez teórica, que responden al resultado de un análisis crítico y que buscan explorar los grandes problemas del tiempo presente. Por destacar sólo sus trabajos de los últimos 20 años, cabe citar *Pensar sobre los medios*, con Michèle Mattelart, publicada en lengua española en 1989; *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias* (1994); *Historia de las teorías de la comunicación* (1997); *La mundialización de la comunicación* (1998); *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global* (2000); *Historia de la sociedad de la información* (2002); *Introducción a los estudios culturales*, con Érik Neveu (2004); *Diversidad cultural y mundialización* (2006); *Un mundo vigilado* (2009).

ICR: El concepto de sostenibilidad se ha convertido en una de las grandes marcas de la retórica global, uno de esos rótulos de acompañamiento que están en todos los discursos, tanto políticos o ideológicos como sociológicos, etcétera. ¿No se corre el riesgo de convertirlo en uno de esos fetiches que se justifican con el mero enunciado desposeyéndolo de contenido?

A.M: Digamos que el concepto, a mi parecer, es el producto de una larga evolución: el concepto de desarrollo. Pienso que los debates que subyacen en el concepto de desarrollo sostenible se remontan a la aparición del concepto de desarrollo en los organismos internacionales y en las primeras teorías sociológicas y económicas para tratar de sacar a la humanidad de la miseria. Es interesante ver de qué manera, en los años cincuenta y principios de los sesenta, empieza a revisarse la noción de desarrollo que extrapola el modelo de evolución de la sociedad industrial occidental a las otras sociedades, a las llamadas sociedades tradicionales. Desde luego, hay un concepto fundamental, situado en el centro del debate internacional, que es el concepto del desarrollo humano, que más tarde, en los ochenta e incluso noventa, se va a convertir



TEODORO LEÓN GROSS es profesor de periodismo de la Universidad de Málaga



TEODORO LEÓN GROSS

en un concepto oficial de las Naciones Unidas, con sus índices de desarrollo humano; pero ya desde los años 50 tienes, entre los propios economistas, un conflicto sobre el significado de la palabra 'desarrollo' provocando debates porque algunos sostienen que se trata de un término demasiado elástico al que puedes asignar cualquier contenido. Y es verdad. Cuando el concepto de desarrollo se implanta a finales de los cuarenta, a través de un discurso de Truman en la entrada de la Guerra Fría, ya es un concepto amplio, muy relacionado con ideas difusionistas, es decir, desarrollo vertical. Así que el debate procedente de los cincuenta plantea abrir la noción de desarrollo para quitarle este aspecto elástico al servicio de una teoría muy occidental, e introducir el elemento humano. Es decir, ponderar finalmente la noción para recuperar el aspecto del actor social y de la cultura. Y es un debate que se aborda en grupos que trabajan por todo el mundo, en torno a la reflexión sobre economía y humanismo -por ejemplo, François Perroux o el padre Lebret- que no aceptan el concepto de desarrollo tal como ha sido lanzado. Así pues, el debate del concepto está en el centro, desde el principio, de las estrategias llamadas de desarrollo. Y finalmente se puede decir lo mismo de todos los conceptos que tienen el destino de alumbrar el mundo y los procesos que lo atraviesan. Después ocurrirá igual con la noción de globalización.

ICR: El concepto de desarrollo genera una toma de conciencia y modula nuevos discursos críticos; pero ha habido un predominio de la noción del desarrollo muy asociada al crecimiento económico.

A.M: Sí, es un concepto ligado al aumento del producto bruto. Diría que es más bien la traducción a la ideología tecnocrática de la mística de la cifra. Se trata de un campo dominado por la lógica de la cifra, y una forma tecnocrática de definir la evolución de la humanidad. Pero lo que se ignora es que en los años cincuenta y sesenta ya se produjo esta polémica entre los estrategas del desarrollo y también en el plano de la reflexión filosófica. El desarrollo es un concepto proveniente de una ciencia peculiar como la embriología -el desarrollo del embrión finalmente- y por tanto se trata de un concepto biomórfico. Y este concepto te reenvía a una idea de historia unilineal, en concordancia con la idea del desarrollo como proceso organicista.

ICR: Y el desarrollo sostenible, desde el momento mismo de su formulación, se ha convertido en una etiqueta muy poderosa, y tan afirmativa que casi anula la necesidad crítica; con una fuerte contradicción entre el discurso, lleno de retórica medioambientalista, y la realidad, llena de agresiones al Medio Ambiente.

A.M: Pero por lo menos llama la atención; es como un grito de alarma. No obstante, al introducirse de una manera indiferenciada, es evidente que va a tener varios usos, incluso algunos que finalmente se abstraen de la filosofía cuestionadora de las estrategias de desarrollo aplicadas hasta ese momento.

El problema es que ése es el destino de todos los conceptos que se vuelven al final logotipos; y que, como logotipos, vas a poder encontrarlos hasta en una tableta de chocolate e igualmente en los programas de un gobierno que a lo mejor no va a tomar este rumbo. Todos los conceptos nuclean iniciativas que van en contra de las propias interpretaciones desviándose de su propia filosofía. Eso sucede con el desarrollo sostenible.



ICR: Hay una contradicción: el concepto tiene un fuerte desarrollo en Unesco o en los Estados Unidos, sobre la idea de que el desarrollo no puede sacrificar el tercer mundo y finalmente el planeta, sobre todo aquellas áreas que ya han sido víctimas desde la colonización; pero se corre el riesgo de convertir el concepto en eurocentrista u occidentalcentrista. Es decir, el desarrollo sostenible se formula pensando más allá de occidente pero como noción característicamente occidental.

A.M: Sí, el problema es históricamente la deuda de Occidente. Y digamos que la deuda en relación a ese modo de desarrollo es gigantesca, porque hemos destruido históricamente territorios enormes, no solamente en la explotación de ciertos lugares del tercer mundo, sino en el propio territorio europeo. Históricamente es así. Si piensas en el proceso civilizatorio en Europa, cuando secaron los bosques en el momento de la industrialización, fue un proceso arrasador, como la construcción de las grandes metrópolis, etcétera. El problema es que yo entiendo perfectamente cuando los países del tercer mundo dicen: "sí, ustedes han creado su prosperidad sobre nuestras espaldas y ahora no podemos cambiar el modelo de desarrollo después de que ustedes hayan construido su prosperidad sobre un modelo que ahora rechazan".

ICR: Sí, esa es la cuestión: la formulación de estándares sólo a la medida de Occidente. Y ya se vio con el protocolo de Kyoto cuando se negociaban cuotas de emisiones y se adquiría la posibilidad de contaminar a través del tercer mundo.

M: Sí, exactamente.

ICR: Detrás del fetiche o del logotipo -como decía- de la sostenibilidad, aparece otro que es el cambio climático, convertido en un verdadero fenómeno mundial, me parece, de la mano de la película de Al Gore, el ex vicepresidente de Estados Unidos. ¿Es un concepto que corre la misma fortuna que la sostenibilidad o cree que ha tenido una definición clara? ¿Se percibe como ideología o le parece marketing político?

A.M: Puede ser marketing político. Desde luego no se puede pedir 300.000 euros por conferencia, más los productos derivados de la comercialización de tu película, predicando un nuevo modelo de desarrollo. No es creíble. Para que haya una cierta coherencia, hay que romper con las prácticas que corresponden a la sociedad de consumo. El problema es éste: sectores críticos que quieren realmente llegar a otro modelo de desarrollo y otro proyecto social pueden apoderarse del proyecto para entrar en el conflicto exigiendo una nueva interpretación distinta a la que le dan los poderes dominantes. El problema fundamental de estos conceptos es que rara vez se interroga al modelo que impide el desarrollo sostenible. Es el problema de los modelos de consumo. Sin cuestionar estos modelos a través del mundo real, empezando por Occidente, no se puede llegar a una política sobre el cambio climático que no destruya el planeta, ni tampoco de desarrollo sostenible.

En este sentido, es muy interesante ver la evolución del pensamiento sobre la relación entre medio ambiente y desarrollo. Cuando lees las primeras conferencias celebradas sobre este tema -a principios de los años setenta, si mis recuerdos son fieles, en Estocolmo- resulta revelador comprobar que hubo un debate sobre eso, y digamos que la conclusión ya era que sin la revisión de los modelos de consumo no podía haber cambio del desarrollo...

ICR: Cuando hablamos de modelos de desarrollo, de desarrollo sostenible, se hace referencia a proyecciones en áreas geográficas en vías de desarrollo; sin embargo, como



TEODORO LEÓN GROSS

bien decía, muchas de las causas que derivan en el cambio climático se deben a formas de vida, formas de producción y de consumo que están en los países más evolucionados...

A.M: Y que han creado ellos con los mismos productos que han fabricado.

ICR: Así pues, ¿no deberíamos aplicar una receta a los países más evolucionados que pudiera ser 'innovación sostenible'? Innovar para la sostenibilidad, no ya en el tercer mundo, sino para las propias matrices económicas, para los países centrales.

A.M: El problema es que la idea es muy amplia, porque eso implica una revisión drástica de cuál es la misión de la ciencia y de los científicos, y su relación con los problemas de la sociedad. No se puede llegar a la innovación si no se tiene un cambio en la mentalidad que anime los ejes de las problemáticas de un nuevo modelo de evolución de la sociedad. Yo creo que esto es fundamental. En ese sentido, hemos alcanzado un momento en que es posible pensar la innovación en función de un desarrollo sostenible, porque, a diferencia de otros períodos, se trata de definir precisamente el papel del conocimiento en la evolución de la sociedad y hoy en día esto no está resuelto. Es algo que se ve a partir de la protesta progresiva de científicos, químicos, biólogos, sociólogos, etcétera; los pulsos existentes en las reformas universitarias. Uno puede comprobar que dentro de la sociedad hay capas en las que son capaces de presentar modelos donde la imaginación social puede llevar a otro proyecto de sociedad sostenible.

ICR: Este debe ser uno de los campos en los que haya mayor divergencia entre los científicos y los dirigentes políticos. Incluso en la economía hay una mayor proximidad entre el pensamiento científico o académico y la acción real, pero aquí la ciencia produce resultados en sus investigaciones que están completamente alejados del discurso político, muy pragmático y muy despegado del plano del conocimiento.

A.M: Yo creo que es una situación nueva. Sí, es la primera vez en la historia en que ves desfilar premios Nobel en Física o Química, mandarinés académicos con un discurso crítico, por ejemplo en Medicina para luchar en contra de un concepto de hospital, y en definitiva rechazar un concepto de investigación universitaria que tome a los ciudadanos como clientes en vez de como pacientes y que no les asocie, finalmente, a la búsqueda de una innovación incluso científica.

ICR: El cambio climático está unido, inevitablemente, a los medios de comunicación. ¿Cree que estos son difusores cómplices de la carga retórica del concepto o la Comunicación se comporta como aliada de la sociedad y la innovación social?

A.M: No, no, no. Yo no lo creo al menos por el momento. En su interpretación de las formas de lucha que aparecen en el mundo, o siquiera en ciertos países, automáticamente los estereotipan en la sociedad occidental. Hay un problema real. Yo creo que se trata de la dificultad de transmitir los verdaderos retos que debemos enfrentar. La forma de tratar el cambio climático es a través del Ártico, la fundición de los hielos, etcétera, pero no hay una reflexión sobre esto, como en relación a muchos otros fenómenos globales como la crisis financiera. Hay informaciones que al principio provocan el pánico y después se relativizan porque se tiene miedo de haber producido pánico. Se ve concretamente hoy con la pandemia de la gripe porcina. Ése es el problema.



ICR: Pero cuando se refiere a la dificultad de transmitir, ¿alude a la dificultad intrínseca por la complejidad del fenómeno o por la naturaleza del sistema de medios?

A.M: Yo creo que se trata del sistema de medios tal como es, aunque dentro de los propios medios de comunicación de masas hay personas que son capaces de ilustrar los problemas y llevar más allá los análisis de la realidad. Doy un ejemplo que me parece muy evidente: tengo nietas y un nieto que cada día discuten un diario que está hecho por un grupo de estudiantes, y resulta sorprendente cómo explica este diario a los niños lo que es el cambio climático, la pandemia de gripe, etcétera, así que ¿por qué los grandes sistemas de medios de comunicación son incapaces de desplegar esta pedagogía sencilla? Y hablo de niñas de nueve o diez años, no personas que salen de la academia. Eso es lo que me sorprende, el desfase entre el modo de actuar de los medios de comunicación alrededor de todos estos grandes problemas llamados 'globales' y las alternativas que surgen de manera dispersa en categorías que están en contacto con la formación de una conciencia crítica, cívica, frente a estos problemas.

Me parece que en todas las sociedades debe existir eso. El problema es que se trata de otra mirada sobre la sociedad. Y en este sentido creo que las nuevas tecnologías y soluciones como Internet, que tiene muchos defectos y admite numerosas críticas, genera sitios interesantes concebidos por jóvenes ciudadanos que finalmente discuten estos problemas y abordan su análisis. El problema es que de nuevo quedan al margen. Esto quiere decir que nuestras sociedades tienen un horizonte bloqueado y, finalmente, las fuentes de innovación en muchos campos no logran llegar a la superficie. Sospecho que eso es una realidad cada vez mayor. Y el problema se agrava a medida que avanzamos porque todas las crisis, desde la financiera hasta la climática o la humana, finalmente tratan de resolverse a corto plazo, a golpe de golpes. Esa falta de visión engendra otros problemas y dilata las crisis.

ICR: En efecto, en Internet se expresan y debaten ideas en redes sociales en torno a estos problemas, pero también se detecta la expresión de científicos escépticos que se salen del consenso amplio sobre el cambio climático, a menudo financiados por grandes corporaciones y fundaciones anexas que están derivando a la red miles y miles de páginas donde ponen en cuestión la idea del cambio climático y, mucho más, la idea de que es la acción humana la que está ocasionando este fenómeno. También Internet tiene esa doble cara.

A.M: El problema es que hay que encontrar un lugar desde el que responder. Yo creo, para evitar un pensamiento tecnodeterminista, que la educación es lo fundamental para enfrentar estos problemas globales. Entonces Internet podrá ser uno de los componentes de la solución; pero no es la solución.



TEODORO LEÓN GROSS

ICR: Claro, pero eso son políticas públicas, porque en el escenario actual se trata de empresas privadas, como las compañías energéticas, que se anuncian como las defensoras de la sostenibilidad...

A.M: Es el argumento de marketing de las petroleras que más contaminan.

ICR: Ante el desafío de unas políticas públicas claras de educación con ese fundamento, ¿cree que el presidente Obama podría estar abriendo vías en esa dirección?

A.M: Sí. No obstante, fuera de las grandes compañías contaminantes, hay grupos de científicos que se comprometen cada vez más. Yo creo que es lo normal: son nuevos actores de la sociedad civil que está emergiendo. Antes podían quedarse en su torre de marfil, ahora son actores. Y el gran problema es el nexo entre éstos, que ven con claridad por sus habilidades científicas, con los grupos de la sociedad que quieren ir más allá. Y hay. Yo no hablo necesariamente de los partidos ecológicos, porque muchos han degenerado, pero creo que hay grupos en cada sociedad que reflexionan sobre el cambio climático, sobre la cuestión del agua, etcétera. Es impresionante el cambio al que hemos asistido desde principios de este siglo. Hace apenas cinco años no se hablaba de la cuestión del agua; y hoy es un problema fundamental. Está en el corazón de la reflexión sobre la evolución de la humanidad.

ICR: Es cierto, pero los medios de comunicación son una plataforma privilegiada para observar una contradicción: el protagonismo de esos nuevos actores sin embargo excluidos como fuentes relevantes en los medios de comunicación tradicionales.

A.M: Totalmente.

ICR: ...y casi siempre prevalece el oficialismo de esas fuentes.

A. M: Oficialismo o, digamos, fuentes emanadas de cierta clase de expertos que dictan catedra desde sus conocimientos especializados. Lo que se necesita, como diría Pierre Bourdieu, es *contra-expertos*, es decir, tomando distancia y con un conocimiento amplio del dominio. Y no expertos « autistas », que tienen sobre la sociedad una mirada miope.

ICR: Tiene que ver con una crisis del Periodismo, de un cierto concepto mayor del periodismo. El cambio climático es una materia óptima para la información como espectáculo. Como usted mencionaba antes, los hielos fundidos...

A.M: La desaparición de especies.

ICR: La cinta de Al Gore, un oso flotando sobre una pieza de hielo y especular sobre su madre llorando en una orilla. ¿Observa una deriva hacia el infantilismo?

A.M: Es el mayor problema de los medios. No pueden tomar en cuenta la crisis de la sociedad sin crear eventos y después, cuando han creado los eventos, relativizan y repuntan en otra ocasión. Es el problema clave.

ICR: El cambio climático parte de una obviedad científica: la presencia del hombre en la Tierra siempre está produciendo una modificación sobre el entorno. Es singular que todo el discurso se oriente a la naturaleza olvidando al hombre, quizá evidenciando una cierta deshumanización.



A.M: Es el gran peligro, finalmente. Tratar de la conservación de la naturaleza y olvidar que la naturaleza está habitada por personas. El problema, y éste es el momento clave, remite a la conciencia cívica de los que tienen mayor conocimiento. Ya no se trata de cómo entregar ese conocimiento, sino de la producción de conocimiento a partir de otra relación con la sociedad. Cuando hablaba de la necesidad de terminar con la torre de marfil, apuntaba que uno de los retos fundamentales era la redefinición del científico con la sociedad, porque la sociedad también tiene su experiencia, su práctica de los problemas globales. Pero eso es una nueva utopía; la nueva utopía. Y forma parte de la utopía de la sociedad del conocimiento.

Si no hacemos eso, si no aceptamos este tipo de reflexión, vamos a sociedades del conocimiento que van a reproducir las estructuras de la sociedad industrial, es decir, finalmente con monopolios de conocimiento, como decía el canadiense Harold Innis a comienzos de los años cincuenta: la reinstalación de monopolios cognitivos. Por ejemplo, los grupos de estudio de Total y de los grandes grupos petroleros. No hay que olvidar que Total y muchos grupos petroleros financiaron incluso hipótesis nuevas en materia de teoría de sistemas, financiando ilustres científicos, etcétera. Son capaces de todo, mientras seguían con las mareas negras.

ICR: Una consecuencia de todo ello ha sido el vaciado ideológico de estos conceptos, generando una transversalidad en la aplicación política, al alcance de cualquiera. Todo el mundo se siente cómodo con su enunciado.

A.M: Sí, es verdad. De todos modos, en la historia muchos conceptos se vaciaron, pero es evidente también que, históricamente, se puede decir en qué momento empieza realmente lo que se llama el proceso de globalización: a partir de los universales del marketing, del management, de las geofinanzas. Todos los conceptos se vuelven susceptibles de ser vaciados; incluso el concepto mismo de 'ciudadano', que se acerca al de 'consumidor'.

Yo creo que a partir del momento de la desregulación geofinanciera y el establecimiento de la red mundial, en los años de la desregulación de las Bolsas hacia 1984-1985, se puede constatar que hay realmente vaciamiento de muchos conceptos. Y con esto trato de ilustrar mi respuesta. Paralelamente a la desregulación geofinanciera y finalmente de todas las instituciones, públicas, sociales, etcétera, hay una desregulación conceptual para entender y capturar el mundo. Y digamos que eso concuerda con el avance del proyecto neoliberal. Todos los agentes que piensan la sociedad, es decir, las instituciones internacionales que son, como diría Gramsci: 'intelectuales colectivos', caso de Unesco, Naciones Unidas, la Unión Internacional de Telecomunicaciones, etcétera, a partir de ese momento se vaciaron de las problemáticas éticas. Y, paralelamente, los intelectuales orgánicos, que son las universidades y los sistemas educativos, renunciaron al espíritu crítico. Y hoy estamos frente a este vacío.

Es verdad que desde principios del siglo XXI, progresivamente, se intenta reconstruir un pensamiento crítico. Como prueba, los nuevos movimientos sociales, las asociaciones de profesionales de la cultura que exigen que se reconozca la diversidad cultural, la excepción cultural, etcétera; en todos los campos encuentras nuevos actores que finalmente toman la delantera. Pero estamos en un período de reconstrucción tras el período de vaciamiento de los conceptos, o más bien de achatamiento. Yo creo que se trata de una lucha perpetua. No se trata de un régimen abstracto, sino una lucha entre proyectos



TEODORO LEÓN GROSS

de sociedad, y ésta va a continuar. Y continuará alrededor del cambio climático o la crisis financiera.

ICR: Pero digamos, los medios, como creadores de realidad...

A.M: Sustentan estos conceptos vaciados.

ICR: Se observa en los medios una influencia decisiva en ese achatamiento conceptual, puesto que participan de esa interiorización del ecologismo desprovisto de matices ideológicos.

A.M: Sí, exactamente. El concepto ha avanzado y ha sido finalmente aceptado, pero abstraído de su filosofía original. Esto forma parte de la realidad de hoy, y la globalización lo ha acentuado. Los conceptos son vitrinas, pero a la vez son, finalmente, objeto de desafíos y enfrentamientos entre los proyectos y la sociedad. Es algo que he podido percibir bien tras quince años estudiando la noción de sociedad de la información. Este es el ejemplo por excelencia de – llamémosle así– los ‘conceptos trampa’ que parecen abrir un mundo donde se va a resolver todo y finalmente tienen a vaciarse.

ICR: No obstante, al hablar de ese concepto de cambio climático, hay dos elementos diferenciados: de un lado, la matriz, que es científica, más que filosófica o política, y hay un consenso que alerta de la situación; de otro, no se trata un horizonte, como en el caso de la sociedad de la información, que nos traza un panorama halagüeño sino que estamos hablando de una excepción crítica que en el plazo de dos o tres décadas puede suponer una degradación enorme en las expectativas de desarrollo, de crecimiento, de sostenibilidad.

A.M: Sí, es cierto, pero el problema es que los grandes grupos contaminantes tienen también estrategias de persuasión claras para imponer que tienen razón. Esto es fundamental. Aquí interviene el procedimiento de una estrategia de comunicación. Hay estrategias totales, y ellos las tienen. El problema es que estas estrategias de comunicación reconocen los daños, pero finalmente especulan sobre la posibilidad de errar, y el sistema que se debe aplicar para resolverlos. Nadie es tan bobo actualmente como para negarlo, pero el problema son las estrategias para enfrentar el problema.

ICR: Hay un aspecto vinculado a esas estrategias: la creación de inseguridad. La transferencia de valores prominentes desde los medios de comunicación tiende a crear una cierta sensación de inseguridad. ¿Cree que esto les resulta conveniente?

A.M: Sí, digamos que todas las crisis, sea la humana, la financiera o la climática, están incorporadas en la agenda del gobernante. Entran en el nuevo arte de gobernar. Mi tesis es que toda estrategia de lucha para prevenir un riesgo es una estrategia de seguridad, necesariamente provocadora de ansias, ansiógena, porque toda estrategia de seguridad en las políticas gubernamentales crea inseguridad en el individuo. Y ése es el problema. Te prometen seguridad pero de todos modos te ‘insegurizan’, porque finalmente la prevención del riesgo implica un horizonte de los riesgos, y dentro de los riesgos entran la crisis climática, el terrorismo internacional, Al Qaeda, etcétera.

Entonces, finalmente, todas las crisis forman parte del programa de las estrategias de seguridad, es decir, la anticipación para que la crisis no explote en un momento.



ICR: ¿Entonces cree que venden miedo para que les compren seguridad?

A.M: Digamos que es la consecuencia. El efecto real de las estrategias de seguridad, tal y como están aplicadas por el momento en las grandes sociedades democráticas, provocan inseguridad en los ciudadanos. Y es evidente que la crisis climática es un elemento de esta inseguridad. Son los grandes riesgos - como puede ser el hallazgo de la bomba atómica por un país como Pakistán- que están dentro de todas las 'agendas de riesgos' de los gobiernos occidentales.

ICR: ¿Estaríamos entonces ante un secuestro del debate crítico y la creación de conocimiento, derivando a una cierta medievalización con temores proverbiales desinformados?

A.M: No, no necesitan que sea desinformado. El problema es que se ve la simbiosis entre los medios de comunicación dominantes y políticas gubernamentales. Todo se funde. El medio de comunicación no puede superar un horizonte de, digamos, verosimilitud. Así que el modo de abordar la seguridad como problema estructural, la cuestión de las excepciones al derecho al Estado de derecho, todo eso se funde.

ICR: ¿La idea de unos medios al servicio de sistema no podría acabar sugiriendo una teoría de la conspiración?

A.M: Yo siempre he estado radicalmente en contra de una idea de la conspiración global. Pero creo que el sistema mismo fomenta todas estas nuevas dinámicas. Por ejemplo, el hecho de que el modo de gobernar hoy se base en la habilidad no supone una mentalidad conspirativa. El sistema, para protegerse, necesita eso. Y hay una simbiosis entre la innovación tecnológica hoy y este modo de gobernar. Se ve a través de la entrada en fuerza, por ejemplo, *trazabilidad* o el seguimiento de las personas y los bienes en el campo económico, de las nuevas psicologías del consumo. Hoy en día, tanto en el espacio económico como en el político, tú tienes este principio.

Con todo, yo insisto mucho sobre el hecho de que el discurso sobre la seguridad en las sociedades democráticas es un discurso que debe ser alarmista. No puede funcionar de otra manera. Y hay muchos focos; fíjese lo que ocurre con la pandemia de gripe estos días. Pero digamos que el factor principal de alarmismo en las grandes sociedades democráticas es, finalmente, Al Qaeda; la cuestión del terrorismo internacional. Y cada vez más. Estamos asistiendo a la producción de una nueva normalidad. Hay momentos visibles, como exigir indiscriminadamente el ADN a los inmigrantes africanos; un escándalo.



TEODORO LEÓN GROSS

No se la puede entender sin el avance y la aceleración de una sociedad de ficheros que sean transparentes o secretos, y me refiero a secretos de Defensa. Es la verdadera problemática de las sociedades democráticas.

Yo pienso que hemos saltado a partir del 11 de septiembre de 2001 a sociedades que gobiernan a partir de la información, pero de la información sobre los colectivos, sobre los individuos, sobre los acontecimientos presentes y futuros, etcétera; y al tratarse de necesidad de información para poder anticiparse, esto hace que estemos en sociedades donde hay una bulimia de recogida de información conectada sobre los individuos, sobre las situaciones, etc. Y es ahí que hay un debate científico enorme. Porque no podemos, como científicos, participar implícitamente o explícitamente en este tipo de proyectos.

ICR: ¿Cree que la crisis financiera puede convertirse en una oportunidad para cambiar el modelo?

A.M: La crisis financiera hace posible la vuelta de utopías que parecían irrealizables. Durante mucho tiempo, el debate sobre el crecimiento y la necesidad del decrecimiento fue el dominio de unos soñadores. Pero lo que veo hoy con la crisis financiera, que afecta al conjunto de la estructura, es el zócalo de nuevas generaciones sociales. A través de las crisis ves cómo las utopías se instalan en el debate; y reaparecen conceptos como el bien público, porque hoy hay que discutir el porvenir del sistema financiero a partir de unos predadores. Mi hipótesis es la siguiente: pienso que la crisis financiera abre un campo de posibilidades y permite ver otras alternativas de las que propone el G20. No sé si lograrán prosperar, pero ahora puede verse que hay proyectos de sociedad diametralmente opuestos, y no es a través de la moralización del capital como vamos a resolver el problema.

ICR: ¿No le da la impresión de que las respuestas del G20 se han admitido demasiado rápidamente sin la menor alternativa?

A.M: Absolutamente.

ICR: Y en definitiva las políticas públicas han rescatado a los creadores del problema

M: El mayor problema de las grandes democracias occidentales es que no quieren volver a la soberanía popular. Y si no lo hacen, se corre el riesgo de que nuestras sociedades se vuelvan cada vez más autoritarias, aunque un autoritarismo bajo formas no conocidas, porque se materializa a través de una ideología de gestión tecnocrática.

ICR: ¿En ese plano es en el que se vinculan los medios al sistema como parte de la deriva?

A.M: Sí, yo creo que muchos diarios, que durante largo tiempo tuvieron un acercamiento crítico a los problemas de la sociedad, han perdido progresivamente esa vocación crítica de exponer los problemas en función de otras lógicas que no sean las lógicas del poder. Cuando ves la evolución de Le Monde o Liberation en Francia, resulta muy significativo.

ICR: ¿Se refiere a la naturaleza de contrapoder de los medios?

A.M: Exactamente. Pienso que es una realidad que cada vez más ciudadanos, no diría la mayoría, se dan cuenta de este descrédito. Creo que esto es funda-

mental. Y no sólo se trata de señalar a la televisión, porque hablamos de la prensa. Naturalmente también podríamos hablar del audiovisual.

ICR: ¿Y no cree que los medios públicos, en concreto el audiovisual público, podrían jugar un papel importante?

A.M: Sí, es un punto central del problema. Y desde luego no podemos condenar a los medios de comunicación como tal. No, yo creo que la ciudadanía tiene una triple apuesta porque, de lo contrario, no vamos a salir del problema. En primer lugar, creo que existe la necesidad de un debate público sobre la función también pública del sector privado. Como suele decirse, utilizan frecuencias que pertenecen al bien común. En segundo lugar, dejar de lado todos los mitos sobre el hecho de que nuestros servicios públicos sean realmente servicios públicos, porque yo creo que muchos están fallando realmente en su misión original, que era también pedagógica, y no de entretenimiento. Y lo tercero, muchos países rechazan el establecimiento, la instauración, de un tercer sector de la comunicación, e incluso se criminaliza. Digamos que tenemos un potencial de tecnología que finalmente no logra invertirse en las democracias. No porque tengamos Wikipedia estamos llegando a una nueva democracia electrónica; es mucho más complejo el problema.

ICR: Claro, pero hay un descrédito de los medios bajo la acusación de actuar en beneficio propio, como advierten estudios como los del Pew Center; ¿cree que los medios públicos tienen capacidad de regenerar la credibilidad mediática o que el descrédito les arrastra también?

A.M: El problema es que depende también de la fuerza con que la ciudadanía reaccione. Creo que si dejamos las cosas ir así, sin duda van a empeorar. El problema también está en el grado de conciencia que adquieren los ciudadanos de que, finalmente, los medios son cosa de ellos también. Y por el momento hay un acomodamiento a aceptar las cosas como están. Es exactamente el mismo problema en el avance de los dispositivos de seguridad: "bueno, me protegen, forman parte del entorno", sin darse cuenta de que finalmente estamos perdiendo mucho en la capacidad humana de convivencia.

Pero yo no creo que la solución pase, aunque muchos se pararon en esa reflexión, por la implantación de observatorios críticos de los medios. Es evidente que no puedes tener una reflexión crítica de los medios únicamente a partir de investigaciones de la Universidad. Y tampoco los periodistas críticos pueden hacer su propio trabajo solos. La clave es que necesitamos alianzas, también con los usuarios de estos medios. Y este esquema ideas es una exigencia, pero por el momento no emerge. Quizá algún día emergerá e irá en contra del corporativismo de los investigadores y de los periodistas, porque habrá un tercer actor que tendrá también sus obligaciones y sus exigencias. Hay que ver las cosas a largo plazo; yo no creo en las soluciones a corto plazo. La noción de corta duración es una trampa.

Retomo el título del libro de Freud: El malestar en la cultura. El malestar en el modo de vivir en conjunto esta vez es serio. Freud a lo mejor estaba preocupado, muy preocupado, por la llegada de una cultura comercial, pero hoy estamos realmente en una crisis material, en el zócalo mismo de las actividades humanas: la gente no tiene trabajo, y el trabajo es fundamental, uno de los primeros elementos de su dignidad.





TEODORO LEÓN GROSS

ICR: Quizá, para acabar, hay un elemento de esperanza, un discurso no catastrofista...

A.M: No, no, lúcido.

ICR: Usted se ha referido a la memoria histórica, a la memoria utópica, como un elemento generador de ilusiones. Y tal vez la crisis sea la oportunidad para esas ilusiones.

A.M: Exactamente. En este sentido, con total franqueza, pienso que a partir de la crisis financiera y, digamos, su carecer sistémico como crisis de civilización, se ve repuntar un imaginario. Se trata de utopías que se dejaron al borde del camino a cambio, muchas veces, del pensamiento único. Y de repente se vuelven audibles. No tengo respuesta para el gran enigma: qué va a ser del futuro. Pero hay una acumulación de pensamiento alternativo que no es únicamente de soñadores, sino de soñadores realistas.